Vol. 12, n° 24, julio-diciembre 2026 | ISSN: 2448-5241

Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades



FACULTAD DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS. UADY

Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. Vol. 12, n°. 24, julio-diciembre 2026: 155-180. UADY. ISSN: 2448-5241

El latín, el maya y la cultura literaria en el discurso (1862) de Honorato Ignacio Magaloni, un profesor italiano en Yucatán

Latin, Mayan, and Literary Culture in the Speech (1862) of Honoratus Ignatius Magaloni, an Italian Professor in Yucatán

Genaro Valencia Constantino
Universidad Nacional Autónoma de México (México)

Resumen

El propósito de esta investigación es rescatar el discurso de un personaje prácticamente olvidado por la historia educativa y cultural de México. Magaloni, un italiano refugiado en Yucatán, se convirtió en profesor de primeras letras y fundó varios colegios en la península, donde enseñaba latín, inglés, francés, filosofía y algunas ciencias como aritmética y geografía; en 1862 pronuncia un discurso ante los padres de familia del recién establecido Liceo Científico y Comercial de Mérida (Yucatán) a fin de evidenciar las ventajas de una educación humanista entre los jóvenes educandos destacando que el latín es sobre todo un vehículo de cultura. En este texto, por lo tanto, pretendo analizar algunos aspectos del discurso que fue impreso poco después de su emisión pero que, quizá por el escaso tiraje, no causó repercusión alguna en la posteridad dentro del imaginario educativo mexicano.

Palabras clave: Magaloni, latín, maya, educación, Yucatán, siglo xix.

Abstract

The purpose of this research is to recover the discourse of a figure who has been virtually forgotten in the educational and cultural history of Mexico. Magaloni, an Italian refugee in Yucatán, became a teacher of elementary education and founded several schools on the peninsula, where he taught Latin, English, French, philosophy, and certain sciences such as arithmetic and geography. In 1862, he delivered a speech before the parents of the recently established Scientific and Commercial Lyceum of Mérida (Yucatán) in order to demonstrate the advantages of a humanistic education for young students, emphasizing that Latin is above all a vehicle of culture. This paper therefore aims to analyze several aspects of that speech, which was printed shortly after its delivery but, perhaps because of its limited circulation, failed to leave any significant trace in the Mexican educational framework.

Keywords: Magaloni, Latin, Mayan, Education, Yucatán, 19th Century.

DOI: https://doi.org/10.32776/arcsh.v12i24.561
https://orcid.org/0000-0002-1226-1182
gevalenc@gmail.com

Recepción: 12 de julio de 2025 | Aceptación: 04 de junio de 2026
© 2026 UADY. Esta obra es de acceso abierto y se distribuye bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

Introducción[1]

El estudio de la enseñanza del latín en México tuvo escasos pero importantes inicios en el siglo pasado; con todo, en años más recientes ha tenido un impulso notorio debido a un incremento de filólogos mexicanos y algunos extranjeros (Laird, 2024) que han recuperado y estudiado documentación inédita sobre todo de la época virreinal y poco menos del periodo independentista en adelante. Del periodo novohispano fue Ignacio Osorio el que publicó una serie de volúmenes pioneros que aún hoy son referencia obligada: *Tópicos sobre Cicerón en México* (1976), *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España* (1979), *Conquistar el eco* (1989), *La enseñanza del latín a los indios* (1990) y *Floresta de gramática, poética y retórica en Nueva España* (1997); en lo que concierne al México independiente, redactaron Roberto Heredia «Los clásicos y la educación del siglo XIX» (1991) y Javier Espino «La recepción ideológica de las lenguas clásicas: conservadores y liberales» (2018), donde muestran, respectivamente, que el latín, ya vilipendiado por motivaciones ideológicas conservadoras o liberales, gozaba todavía de cierto prestigio social y buena utilidad educativa.[2] A pesar de que Osorio (1979) destinó sendos apartados a los colegios jesuitas de Oaxaca, Mérida, Veracruz, Chiapa y Campeche, el sureste mexicano no ha recibido suficiente atención en lo que atañe a la enseñanza del latín no sólo en colegios de la Compañía de Jesús sino en otras instituciones en las que también se impartía dicho idioma.[3] Por ejemplo, un campo fértil —del que me estoy ocupando en la actualidad— lo suponen instituciones oaxaqueñas, como el Colegio de San Juan (jesuita),[4] el Real y Pontificio Seminario de la Santa Cruz (conciliar) y el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca (liberal), de donde salieron personajes estudiosos del latín, como Benito Juárez,[5] Porfirio Díaz o Carlos María de Bustamante, a quien se le debe por cierto una de las primeras traducciones parciales conocidas al español (ca. 1830) del *De republica* de Cicerón.

---

1 Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación «El viaje de las ideas literarias. Historiografía comparada de las literaturas clásicas (ámbitos hispano y luso 1782-1950): transferencias culturales entre Europa y América (HCLC)», referencia PID2021-122634NB-I00, dirigido por el Dr. Francisco García Jurado en la Universidad Complutense de Madrid; asimismo, es una versión extendida de la ponencia que presenté en las *Primeras Jornadas de Estudios Clásicos: «Clásicos en Occidente: desde la Antigüedad hasta Hispanoamérica»*, 3 de octubre de 2024, Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente. Debo un especial agradecimiento al Dr. Javier Espino Martín por sus observaciones historiográficas.

2 No pretendo aquí agotar la bibliografía existente sobre el tema, sólo doy algunos indicios del desarrollo hecho en México acerca de esa tradición clásica, tanto cultural como gramatical.

3 Además de otros especialistas, Espino (2023) se ha ocupado también de rastrear la impronta de la gramática latina de Nebrija en Nueva España en cuanto era una lengua «compañera del Imperio». Hay además buenas investigaciones que exploran la influencia de la tradición nebrisense en gramáticas de lenguas indígenas, cfr. Téllez (2015). Para la enseñanza de la sintaxis latina en Nueva España entre 1726 y 1805, cfr. González (2020).

4 Cf. Valencia y Espino (2025).

5 Valencia (2026).

A ese dilatado sureste mexicano, tan desatendido por los filólogos, pertenece, precisamente, el personaje que ahora ocupa estas páginas, un «romano» *fato profugus* e hijo adoptivo de Yucatán que aspiró enseñar, entre otros ramos, latinajos a una sociedad yucateca bastante heterogénea donde españoles y mayas convivían diariamente; es este, pues, otro capítulo inédito en la historia de la enseñanza del latín en México, con lo cual, sirva esta contribución para retratar un eslabón faltante en esa larga tradición educativa del Nuevo Mundo americano. Sin embargo, el caso de Magaloni es singular ya que su proyecto de enseñanza del idioma latino es en realidad una especie de ramificación o continuación europea, al no depender de los desarrollos gramaticales generados por los jesuitas que otrora enseñaran en Yucatán[6] o el centro del país; el profesor italiano jamás cruzó por el valle del Anáhuac, sino que desembarcó directamente en la península yucateca, por lo que su influencia gramatical parece nunca haber estado mediada por el jesuitismo barroco novohispano (ni europeo), manifestando más bien una presunta alineación racionalista debida al manual de latín que expresamente cita como un referente bibliográfico de base para sus cursos. Así, el de Magaloni constituye un episodio aislado, y de sobra interesante, de la enseñanza de la lengua latina en México, que bien merece la pena recuperar con esta incipiente investigación, comenzando por lo tanto por el análisis y comentario de un fascinante discurso que pronunció en el colegio que había erigido en la Ciudad Blanca.

Magaloni: su liceo en Mérida y su discurso

Honorato Ignacio Magaloni y Maciera (Piamonte, 1813 – Ciudad de México, 22? de marzo de 1875) fue un migrante italiano que sin título universitario,[7] llegado

6 Cfr. Osorio (1979: pp. 309-313). Pese a que el terreno está todavía inexplorado, no está fuera de lugar adelantar que de 1828 y 1841 constan sendos impresos en que por decreto el gobernador del Estado de Yucatán en turno concedía, respectivamente, una cátedra de gramática latina y otra de filosofía a la ciudad de Valladolid, cfr. *Decreto* (1828; 1841). Por otro lado, un año antes de que Magaloni arribara a tierras mayas, se publicó en Mérida la *Colección de las Explicaciones de la Gramática Latina, corregidas y ordenadas por un yucateco quien la dedica a la juventud estudiosa* (1849), teniendo una segunda edición ese mismo año. Lo anterior muestra que, aun tras la expulsión de los ignacianos, el gobierno y la sociedad de Yucatán seguían estimando pertinente enseñar latín a los jóvenes. Al término del siglo XIX Audomaro Molina mandaría a la imprenta en la ciudad meridana un *Compendio de la Gramática de la Lengua Latina* (1891) que encontraría otras reimpresiones hasta 1912.

7 Magaloni comenta que «a la verdad nunca fuimos a mendigar títulos universitarios; no porque tuviésemos en menosprecio a aquellos respetables cuerpos... sino porque nunca tuvimos por divisa el *autos epha* [*ipse dixit*] de los platónicos» (1862a: pp. 24-25). El italiano menciona a dos profesores, «un ilustre doctor de la Universidad de Turín» que lo habría introducido al estudio de la *Commedia* de Dante y «a un rétor boloñés» que le habría enseñado poesía latina (p. 26). A su llegada a Campeche, para poder enseñar, tuvo que someterse a un examen en que le cuestionaron su conocimiento en diversas materias: religión, conjugación de verbos castellanos, teoría de acentos y ortografía, matemáticas (quebrados comunes y cálculo del infinito), figuras retóricas y construcción del discurso (Magaloni, 1862a: pp. 22-23); al final, la resolución fue más que positiva:

a las costas mexicanas en 1850 desde Nueva York, fundó escuelas de primeras letras en Campeche, El Carmen/Tabasco[8] y Mérida obteniendo buenos resultados elogiados por la población y por las autoridades educativas regionales, trasladándose años más tarde a la Ciudad de México, donde compitió, frente a otros, en un concurso de oposición para ocupar una cátedra de latinidad en la naciente Escuela Nacional Preparatoria, fundada en 1867 por el entonces presidente Benito Juárez en el marco de un proyecto de educación de corte liberal y positivista; si bien no ganó la cátedra, más tarde sí llegaría a ser parte del claustro de profesores de dicha institución, donde ganaría prestigio por su particular enfoque en la enseñanza del latín. Gracias a una amplia cultura humanística y científica recibida en su patria, consiguió hacerse de cierto renombre en México como un prometedor educador que privilegiaba sí el latín y la filosofía, pero igualmente la aritmética y la geografía, para los primeros niveles de la instrucción de la juventud. De la oposición académica y de su perspectiva educativa y didáctica en lo que respecta a la lengua del Lacio dejaría plena constancia en su *Disertación sobre la utilidad y necesidad de la lengua latina para los mejicanos que se dedican a las letras y a las ciencias y sobre el método que debe seguirse para enseñar y estudiar con provecho el modo de traducir los autores de dicha lengua, escrita en latín* (1871), impresa en la capital mexicana.[9] Pero vayamos años atrás.

Tras establecimientos educativos previos (en Campeche y El Carmen/Tabasco), en 1857 instaló en la capital yucateca (Mérida) el Liceo Científico y Comercial gracias al financiamiento de varios padres de familia que buscaban una educación básica para sus hijos y que no la podían conseguir en instituciones de instrucción pública de la ciudad, ni tampoco en el Seminario Conciliar emeritense que cerró en varias ocasiones. Luego de varios cursos anuales con buenos resultados, el 9 de marzo de 1862 Magaloni pronuncia un emotivo y erudito

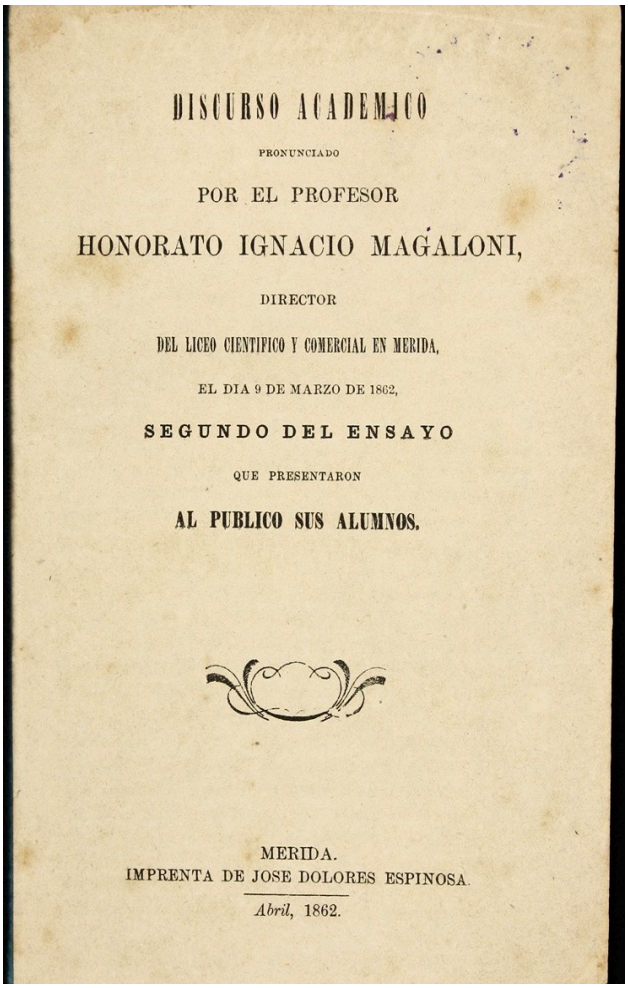
«El sínodo juzga unánimemente que la llegada de este extranjero es una ventaja verdadera para nuestro país» (p. 23).

8 Las escasas noticias históricas y periodísticas halladas son algo confusas, pues parecerían sugerir que Magaloni fundó escuelas en Campeche, El Carmen y Tabasco, por ejemplo, en un anuncio de 1857 para promocionar la apertura de su escuela en Mérida, él mismo habla de un solo liceo, casi como unificado: «El que suscribe, Honorato Ignacio Magaloni, director del liceo científico y comercial de Campeche, Cármen y Tabasco...» (*Periódico Oficial del Estado de Yucatán. Las Garantías Sociales*, 24 de junio de 1857, p. 4). Gracias a dos impresos (Magaloni, 1852a-b) se comprueba que el de Campeche existía en 1852, pero hacia mediados de 1854 se menciona en una noticia (*El Siglo Diez y Nueve*, 21 de julio de 1854, p. 3) que Magaloni había recientemente abierto un establecimiento educativo en la Isla de Carmen, localidad para entonces parte del Departamento de Tabasco. Las discrepancias en algunas fuentes hemerográficas se deban acaso a los ajustes geopolíticos producidos en esas décadas, como en 1865, durante el Segundo Imperio, cuando El Carmen era capital del Departamento de la Laguna. Por las fechas concluyo que Magaloni fundó sólo dos colegios en esos años, Campeche y El Carmen (Tabasco), antes de mudarse a Mérida.

9 En la actualidad me ocupo de traducir y analizar la *Disertación*, a más de reconstruir detalladamente su biografía a partir de unos pocos expedientes manuscritos en el Archivo General de la Nación (México), de sus pocas obras impresas y de reportes periodísticos de la época; se pretende que la investigación en curso se vea reflejada en un libro de pronta aparición.

discurso mediante el que no sólo defiende y respalda la enseñanza de la cultura literaria (europea) entre los jóvenes, sino que exhibe el tipo de estudios que los alumnos entonces inscritos estaban recibiendo, de modo que los padres que habían depositado su confianza en el profesor piamontés quedaran satisfechos y convencidos. El texto fue publicado un mes después: *Discurso académico pronunciado por el profesor Honorato Ignacio Magaloni, director del Liceo Científico y Comercial en Mérida, el día 9 de marzo de 1862, segundo del ensayo que presentaron al público sus alumnos*, Mérida, Imprenta de José Dolores Espinosa (Fig. 1).

Figura 1.


DISCURSO ACADEMICO

PRONUNCIADO

POR EL PROFESOR

HONORATO IGNACIO MAGALONI,

DIRECTOR

DEL LICEO CIENTIFICO Y COMERCIAL EN MERIDA,

EL DIA 9 DE MARZO DE 1862,

SEGUNDO DEL ENSAYO

QUE PRESENTARON

AL PUBLICO SUS ALUMNOS.

MERIDA.
IMPRENTA DE JOSE DOLORES ESPINOSA.
Abril, 1862.

Nota. Portada del *Discurso* (1862).
Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán

Antes de abordar el texto objeto de este trabajo, conviene revisar algunos aspectos relativos al Liceo de Magaloni, que facilitarán comprender el contexto escolar y el desempeño académico, dando cuenta de datos estadísticos en vista de un balance pedagógico y social. Así, como un anexo independiente al *Discurso*, se publicó un

informe (Magaloni, 1862b)[10] donde quedó registro de una muy variada información del curso de 1861 a 1862. Primero, se consigna el número de preceptores junto con su nombre y la materia que impartían: 7 profesores que enseñaban, a la letra, gramática (latina y castellana), matemáticas, inglés, caligrafía y dibujo. Segundo, se demarca una división entre alumnos internos (9) y externos (49); de los internos tres provenían de Mérida, tres de Teapa, uno de Izamal, uno de Campeche y uno de Tabasco; había diez alumnos externos adicionales «elegidos por el R. Ayuntamiento de Mérida y costeados por el Gobierno Superior de Yucatán»;[11] de todos los 68 alumnos, varones en exclusiva, consta su nombre y apellido, el cual revela un claro abolengo de las familias más ricas de la península. Tercero, se relata acuciosamente el acto de exhibición que hicieron los alumnos de enseñanza primaria el 8 de marzo a las 11 de la mañana en las instalaciones del colegio: destacan las examinaciones sobre doctrina cristiana, historia sagrada, caligrafía, lectura y declamación, aritmética práctica, gramática castellana. La minuta del 9 de marzo, a la misma hora, menciona el discurso del director y otra serie de demostraciones públicas de alumnos de enseñanza secundaria; para este acto, se eligió disertar acerca de historia sagrada, historia profana,[12] aritmética razonada, latín, nociones geométricas, geografía, francés, inglés, dibujo lineal y natural; el director, hacia el final del evento, anunció la creación de la Academia de Música «vocal e instrumental, sagrada y profana», en la que se darían distintos espectáculos y funciones. Finalmente, después del ensayo de inglés, y sin precisar si en castellano o latín, «se pondrá en escena la écloga VII de Virgilio» y «se hará la pública distribución de los premios» (Magaloni, 1862b: 15).

10 Estos impresos informaban sobre los ensayos públicos o demostraciones abiertas que se hacían para exhibir ante la ciudad los adelantos de los alumnos del colegio; Magaloni ya había instaurado una tradición de este tipo de actos desde 1851 cuando en diciembre de ese año pronunció un discurso acerca de la verdadera misión del maestro a propósito del ensayo público efectuado en el recién fundado Liceo Científico y Comercial de Campeche, exactamente a un año de haber puesto un pie en la nación de Kukulcán, cfr. Magaloni (1852a), discurso que también merecería un estudio aparte.

11 Magaloni, 1862b: pp. 3-4. A pesar de que el informe asienta un total de 68 alumnos de todo el colegio, en estas tres clases de secundaria se contabilizan únicamente 25, restando 43; si bien el elenco de los alumnos enlista 31 más en enseñanza primaria, aun así las cuentas no salen bien.

12 Sorprende el contenido de la historia profana, pues de acuerdo con el programa de Magaloni (1862b: 9-10), los alumnos de ínfima superior recorrían tres épocas de la historia de Egipto como antecedente para luego pasar a la civilización helena; por su parte, los estudiantes de media debían de empeñarse al estudio de los tiempos heroicos griegos (orígenes, pelasgos, argonautas, personajes míticos tales como Hércules y Teseo, culminando con religión, música y poesía, y con Orfeo y Homero); de episodios bélicos de Tebas, Esparta y Atenas; de la historia política ateniense (constitución de Solón, Areópago, distintas leyes, etcétera); de las dos invasiones por los persas (la de Darío y la de Jerjes) con sus célebres batallas de Maratón y de las Termópilas. Como se puede apreciar, la historia de Grecia antigua ocupaba un espacio bastante amplio en el currículo escolar; por desgracia no sabemos si Magaloni habría contemplado para cursos más avanzados la historia de la Atenas clásica, del periodo helenístico, así como de Roma y más allá.

Ahora bien, resulta de interés rescatar aquí lo referido en el informe sobre el curso de latín en la enseñanza secundaria, pues los de primaria, «que por la mayor parte no han salido aún de la niñez», no aprendían gramática latina sino castellana (Magaloni, 1862b: 11-12). Repartidos en tres grupos (clases de ínfima inferior, ínfima superior y media), los alumnos participantes debían mostrar en el acto público su habilidad a través de varios ejercicios con los cuales se medía su conocimiento en temas gramaticales y de traducción.

En primera instancia, los alumnos de la clase de ínfima inferior (13) se dedicaban a estudiar "las declinaciones con la formación del genitivo, los grados de los adjetivos, los numerales, los pronombres y la conjugación de los verbos regulares, irregulares y defectivos"; además de lo cual, "construyen, traducen y analizan trece capítulos del EPITOME HISTORIÆ SACRÆ de Lohmond". De los contenidos de este curso ha de resaltarse el afán por un intenso ejercicio de traducción, pues, aunado a memorizar reglas de declinación, conjugación y numeración, la versión al español de pasajes latinos más largos iba a suponer una destreza que debía adquirirse no sólo con el conocimiento de la gramática sino con la práctica asidua de trasladar ideas completas de un idioma a otro; es cierto que el *Epitome* de Lohmond era un libro de textos adaptados de una dificultad mínima, no obstante, esa sencillez para nada demerita los esfuerzos de los alumnos por aprender la lengua sino que, más bien, hace apreciar el buen juicio de Magaloni al emplear dicho texto para cumplir con dos objetivos didácticos: la enseñanza del latín y el estudio de la historia sagrada (es decir la bíblica) —aunque para ello se empleaba otro opúsculo como manual principal: *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento*, arreglada por Juan Llach de la obra de Owerberg—; la historia sagrada era sin duda esencial para la educación en ese preciso contexto porque la católica seguía siendo la religión mayoritariamente profesada en la ciudad meridana —los padres debieron ver con buenos ojos que sus hijos recibieran en el mismo recinto una formación cristiana— y porque de ahí podrían extraerse enseñanzas morales de las que los muchachos sacarían provecho para llevar una buena vida.

En segundo lugar, los alumnos de la clase de ínfima superior (9) evidenciaron avances en verdad valiosos, sí en gramática (sintaxis, derivación, flexión nominal y verbal), pero sobre todo en traducción, no únicamente del latín al español —con dos autores más complejos como Fedro y Nepote— sino en esta ocasión también a la inversa:

> Los alumnos de la clase de ínfima superior dan de la Analogía el calendario latino según Iriarte, a saber: traducen al castellano las fechas latinas y viceversa; los pretéritos y supinos de los verbos; la derivación de los adverbios y sus grados de los abjetivos [*sic*]; de la Sintaxis los tres primeros capítulos de Iriarte y la regla primera del Cap. XIV de los verbos determinantes el infinitivo, a saber: traducen algunas frases cortas del castellano al latín conforme a las reglas precedentes, advirtiendo de darles el diccionario de las palabras.

> Construyen, traducen y analizan las siguientes fábulas de Fedro, a saber: de las 12ª hasta la 23ª inclusivamente del libro 1º. – Lo propio hacen con toda la vida de Milcíades de Cornelio Nepote.
>
> Varios de ellos declaman algunas de las fábulas precedentes. (Magaloni, 1862b: p. 12)

A más de aprender y emplear el modo de calendarizar el año a la usanza romana, cabe señalar el uso de la gramática de Iriarte,[13] de donde estudiarían sobre todo la sintaxis y la flexión verbal. En el caso de las gramáticas de latín, aunque haya evidencia para argumentar que durante esa época el uso de una u otra obedecía a motivaciones más ideológicas que educativas (Espino 2003; 2018), en mi opinión Magaloni acogió la de Iriarte, probablemente, por la disponibilidad de dichos volúmenes en Mérida, ya que no hay ningún indicio para asegurar que la haya traído consigo de Europa –o de Nueva York–, de modo que se pudo haber limitado a los manuales para entonces disponibles o bien importarlos desde México, inversión que en ese momento no podía costear; lo que sí es seguro es que no hubiese usado publicaciones de matriz jesuita que privilegiaban desde antaño una enseñanza retórica y barroquizante –y no por el cariz religioso–, toda vez que el profesor pretendía un enfoque mucho más empírico, como queda comprobado gracias a su adaptación del método de Ollendorf para su *Gramática italiana* en 1871; la de Iriarte, por lo tanto, habría sido una gramática apropiada para estudiar la sintaxis[14] hasta que pudiera confeccionar una propia para el latín, un proyecto que no sabemos si tenía en mente gestar, y si lo tenía, no lo pudo concretar. Por otro lado, en relación con los temas impartidos en la clase, llama la atención por cierto que se estimule entre los alumnos la traducción inversa, «frases cortas del castellano al latín», de suerte que pudieran entender el funcionamiento gramatical y aplicarlo, quizá, a expresiones de uso común o extraídas de algún otro volumen de historia o literatura. La declamación de dichas fábulas tuvo un papel didáctico tendiente a cultivar la memoria de la gramática y de los textos, pero también a entrenarse en la oratoria, una aptitud idónea para los diversos ámbitos profesionales

13 Debía tratarse de la *Gramática latina escrita con nuevo método y nuevas observaciones, en verso castellano con su explicación en prosa* (1771) del español Juan de Iriarte; no es posible saber específicamente la edición que adoptó Magaloni para sus clases, puesto que «de esta gramática se hicieron nueve ediciones en Madrid entre 1771 y 1835, y, a partir de esta última fecha hasta 1878, vieron la luz fuera de España otras diez, siete en París y tres en Londres» (Cuyás, 1992: p. 134). Gracias a González (2023, p. 261) se sabe que en la Imprenta de José Dolores Espinosa –de hecho la misma casa editorial en Mérida donde Magaloni publicaría el *Discurso* (1862a) y el informe (1862b)– se vendían para 1855 el *Arte* de Nebrija, las *Fábulas* de Iriarte, así como otros manuales para aprender la gramática latina.

14 Gracias al *Ensayo* del curso de 1852 en Campeche, se sabe que Magaloni (1852b: 12) ya empleaba desde entonces a Iriarte para la sintaxis; para «las declinaciones de los sustantivos, adjetivos y pronombres, las cuatro conjugaciones regulares, y los verbos defectivos», recurría a Nebrija, sin decir si las *Introductiones Latinæ* o al Nebrija refundido por el Brocense, pero probablemente no al reformado por los jesuitas; ahí mismo menciona que para el griego se estudiarían las declinaciones «según la gramática de Burnouf».

en que los estudiantes habrían de desarrollarse, no solo en Mérida sino quizá en la propia capital mexicana. A propósito de ello, en su discurso Magaloni discute consigo mismo si saber latín le ayudaría de alguna manera, entre otros, a un comerciante; si bien no lo rebate de inmediato, no era en sí el conocimiento del latín, o no del todo, sino el proceso de aprenderlo lo que contribuiría a conformar el pensamiento racional, una idea harto difundida durante el siglo XIX.

Por último, los alumnos de la clase de media (3), según lo que Magaloni transmite, tenían la capacidad de comprender textos latinos originales y analizarlos, entendiendo cabalmente las reglas gramaticales para poder ejecutar una traducción correcta. Asombra, además, que con relativa facilidad hayan podido acceder a los dos autores más emblemáticos de la cultura latina, Cicerón y Virgilio, y a un número no menor de sus textos:

> Los alumnos de la clase de media dan de la analogía los géneros de los nombres; de la sintaxis hasta el Cap. XVIII de Iriarte inclusivamente, a saber: traducen cláusulas del Castellano al latín conforme a las reglas precedentes, buscando a veces en el diccionario las voces, cuando no se prefiera darles el equivalente de ellas en Latín.
>
> Construyen, traducen y analizan las siguientes epístolas selectas de Cicerón, a saber; del libro primero la 1ª, 2ª, 3ª, 4ª, 11ª, 12ª, 13ª, 14ª, 15ª, 16ª, del libro segundo la 1ª, 2ª, 3ª, 4ª, 5ª, 6ª, del libro cuarto la 1ª.
>
> Lo propio hacen con la écloga I y VII de Virgilio. (Magaloni, 1862b: p. 12)

Respecto de la sintaxis, los estudiantes ya habrían progresado hasta el décimo octavo capítulo del manual de Iriarte, traduciendo oraciones, igual que hacían los de la clase inferior, del castellano al latín. Aprenderían ya a manejar el diccionario, puesto que hasta entonces los profesores les proveían los significados de todas las palabras de los textos; avanzado el discurso Magaloni señala por metonimia dos de los probables diccionarios que se usaban en el colegio: «el Valbuena o el Calepino», que se tratan, respectivamente, del *Diccionario Universal Latino-Español* (1793) de Manuel de Valbuena y del *Dictionarium latinum* (1502) de Ambrogio Calepino, aunque queda pendiente averiguar qué ediciones pudieron ocuparse en el liceo. De Cicerón traducían y analizaban 17 cartas; sabiamente Magaloni escogió el corpus epistolar ciceroniano por su estilo sencillo e informal, pues de haber empezado por los discursos del arpinate los alumnos, aun siendo de la clase más avanzada, habrían tenido dificultades. Lo mismo con Virgilio, seleccionando dos de las églogas más fáciles en lectura e interpretación, al punto de que la séptima era la misma pieza bucólica propuesta para representarse en una escena dramática al final del acto académico. Con todo, parece factible que se haya logrado un progreso tan sustancial en latín si se tiene en cuenta que de este nivel tan solo asistían tres estudiantes, con lo cual, dichos alumnos pudieron haber recibido una enseñanza atenta y casi individualizada por parte de los profesores para descollar en sus estudios de latinidad.

Análisis del discurso

El texto del *Discurso* es bastante largo, contenido en 33 páginas del impreso y se compone de partes bien diferenciadas en las que cautiva al público para ser escuchado, hace un repaso de los estudios del colegio, habla de su llegada a las costas campechanas y sus inicios en la educación, hace gala de su espléndida cultura histórica y literaria citando lo mismo a Virgilio y Juvenal que a La Fontaine y a Voltaire, juega con elementos de la lengua a través de la etimología para demostrar su pericia en latín, italiano, español, inglés o francés, y manifiesta su interés continuo por instruir a la juventud. Como pasaba con cualquier texto primero pronunciado y luego presentado para la imprenta, Magaloni debió hacerle ajustes a su discurso, en especial precisar las citas, agregar las notas al pie e incluir los textos en otra lengua que, por cortesía con el auditorio yucateco, habría debido leer en castellano. Así pues, conviene ahora desmenuzar el discurso, advertir sus partes y reconocer en la voz del profesor italiano un programa educativo basado en especial en la literatura universal y en el latín como el pilar lingüístico y cultural de aquella.[15]

Exordio.[16] Dirigido especialmente a los padres de familia, pero, según se entiende más adelante, también a otros colegas y amigos presentes, Magaloni comienza su discurso contento de que el Liceo llevara ya un lustro en funciones y que los jóvenes ahí educados, «tiernas plantas aún», pronto darán «frutos de saber y de moralidad» al servicio de la patria; asimismo, afirma que los jóvenes y niños confiados a él sienten gratitud y amor hacia los instructores que no solo los han encaminado hacia una carrera literaria sino a una vida buena. A través de esta apertura del discurso más humana y cercana, el profesor italiano se permitirá poco después desviarse del tema del colegio y hablar de «conceptos que ya no eran propios de un niño», pues aprovechó esa ocasión, la primera en que alzaba la voz «a la presencia de este culto público meridano», también para mostrar sus dotes retóricas y literarias. Comenta que el día anterior (el 8 de marzo) los alumnos de la enseñanza primaria dieron una muestra de sus adelantos, mientras que ese día (el 9, fecha en que pronuncia el discurso) lo harían los de secundaria, un espectáculo esperado lo mismo por los padres que por los ciudadanos de Yucatán; este último punto no parece tanto una exageración que promueve el prestigio de la institución, cuanto es en realidad una rendición de cuentas que

15 En esta amplia sección no refiero con escolástica precisión las páginas de las citas, todas extraídas de Magaloni (1862a), a fin de aligerar la lectura, excepto para los textos más largos y sangrados.

16 Si bien el *Discurso* no trae las etiquetas con las partes en que se divide, para efectos de este trabajo las agregué; además, en el discurso de 1852, Magaloni sí introdujo «exordio» y «peroración», con dos «partes» intermedias, para diferenciar los contenidos y momentos de su alocución, por lo que no veo fuera de lugar también incluirlas dado que es de suponer que el propio autor habría diseñado el segundo discurso con base en una estructura típicamente retórica, como se podrá apreciar a lo largo de este apartado.

ejercita el director ante la verdadera expectativa de una población que lo llevaba patrocinando varios años «en medio de las peripecias políticas».

Narración. En la primera parte de su exposición, en que somete al juicio de los asistentes «los cortos progresos que han hecho [los jóvenes] en los diferentes ramos» —presentados algunos de esos avances en la exhibición del día anterior—, Magaloni inicia por el respeto y el amor para la religión del Crucificado, ya que, a más de las disciplinas literarias y científicas que moldearían la mente de los alumnos, especial atención debía prestarse a la religión, «cuya moral sublime se les ha inculcado a menudo»; luciendo sus conocimientos bíblicos refiriendo al mítico linaje adámico, insiste en la importancia de una comunidad cristiana más allá de naciones y razas, «sin distinción de griego a escita, de romano a hebreo, de negro a blanco, de indio a europeo», para combatir el vicio, las tinieblas y el siglo. Superadas, por tanto, las diferencias nacionales y raciales, el argumento de la comunión cristiana le sirve a Magaloni para promover una seria actitud de igualdad social entre los habitantes emeritenses, de los cuales los indígenas, en este caso mayas, habían padecido una explotación inhumana desde los albores de la conquista; en efecto, al mediar el discurso, cuando habla de la lengua maya, Magaloni acusa categóricamente la invasión española: «¿Y qué han hecho los hijos de la Iberia desde más de tres siglos de conquista...? ¡Ruinas!», reclama.

Nada más terminar de enfatizar la importancia de la historia sagrada a partir del Antiguo y Nuevo Testamento usando para ello un manual adaptado, Magaloni da los pormenores de otras disciplinas esenciales para la formación de la juventud. En primer lugar, la historia profana en cuyo estudio engloba a las «primeras naciones después del diluvio universal», como los egipcios, asirios, caldeos, medos, persas (que fueron «derrocados por un puñado de griegos valientes conducidos por el terrible conquistador macédone»), fenicios, así como los tiempos heroicos griegos tras lo cual se destacan Esparta y Atenas como las grandes potencias helenas, revisando batallas memorables como la de Maratón y la de las Termópilas; en segundo, la geografía, que contribuye «para la inteligencia de los clásicos latinos» pero en lo particular es «utilísima para el comercio»; en tercero, la aritmética, citando su propio *Tratado elemental de Aritmética* publicado en 1859 en Mérida, por cierto «alabado por el sabio matemático y estadista» Miguel Lerdo de Tejada, cuyo reciente fallecimiento lamentaba. Pero no se limitaría a estas disciplinas, puesto que a ellas añade la filología como el estudio de la lengua, y, como el profesor italiano lo manifiesta continuamente, de su especial interés la de Roma.

División. A fin de introducir el tema del latín y su utilidad puesta en duda, Magaloni aprovecha la ocasión para hablar de las lenguas que seleccionó (latín, francés e inglés) como «las más necesarias para las *ciencias* y para el *comercio* en las Américas» —nótense aquí las itálicas pues de ahí que el colegio se llamase precisamente Liceo Científico y Comercial, pensando en las áreas profesionales

en que los estudiantes podrían, una vez instruidos, desempeñarse en la sociedad yucateca. El educador piamontés entonces aduce:

> *¡La lengua latina…!* Oigo un susurro que se levanta sordamente dentro y fuera de esta culta asamblea. ¿Y para qué sirve, dice uno, una lengua muerta, anticuada y tan difícil? Y no es una locura, añade otro, gastar cuatro o cinco años en aprender un idioma cuya pronunciación verdadera se ignora? Y qué tiene que ver con el latín uno que tendrá que escribir y hablar continuamente en castellano? Y quién ha dicho que no se puede estudiar la Filosofía en lengua vulgar, agrega otro maliciosamente, en lengua maya, si se quiere? Pues qué? No son las voces, cualesquiera sean, signos de las ideas? Y ¿acaso buscamos en Lógica, Metafísica y Ética otra cosa, que los conceptos? ¡Qué necedad poner en manos de los jóvenes estudiantes de estas ciencias un libro que no entienden! ¿Y por qué no podrá uno curar enfermos, preparar antídotos, defender en el foro los intereses amenazados de la viuda y del huérfano, trazar caminos, construir edificios sin saber latín? Hay más que eso, dice otro, hasta los literatos pueden tener, si quieren, versiones de todos los clásicos latinos en idiomas modernos: ¿qué necesidad pues de despestañarse día y noche sobre el Valbuena o el Calepino, "*nocturna versate manu, versate diurna*" para desentrañar las obras maestras de los antiguos romanos? Y el hijo de Marte será por ventura más valiente, o el hombre público más liberal, más patriótico con saber latín? Con esta lengua, que tú alabas tanto, sembrará el hacendado mejor su maíz, o cosechará con mayor abundancia su caña, su tabaco, su jenequen? El comerciante podrá después de cuatro o cinco años de latín, calcular mejor su tráfico lucrativo o proveer mejor de efectos de necesidad o de lujo a sus conciudadanos? Con el latín, será el piloto más audaz, más acertado o más prudente? Por último aquel otro, progresista algo exaltado, ¿y cuándo, añade sarcásticamente, saldremos de una vez de esa rancia jerigonza de los frailes...? (Magaloni, 1862a: pp. 10-11)

De este pasaje se coligen varios de los tópicos que a menudo se argüían sobre el latín: la infertilidad de una lengua muerta; un idioma difícil de aprender y al que habría que dedicarle bastante tiempo de estudio; la opción de utilizar el castellano —o cualquier otra lengua moderna— como vehículo de comunicación inclusive para la filosofía y la literatura, pero sobre todo para las ciencias; lo innecesario del latín para los estudiantes de ciencias, para los médicos, para los químicos, para los abogados, para los arquitectos e ingenieros; la nula relevancia de aprenderlo para generar valentía en el soldado y patriotismo en el político; la insuficiencia efectiva para las actividades del hacendado, del campesino, del comerciante y del navegante. Así, Magaloni, en forma de ficticios reproches que le podrían levantar, introduce el asunto de la utilidad del latín en la discusión de su discurso; deja claro que dichas opiniones ni siquiera le son molestas puesto que tiene el suficiente carácter para sobrellevarlas, lamentando no poder «contestar categóricamente a cada uno de estos graciosos requiebros, que encuentran eco en la sociedad en estos tiempos de luces», haciendo referencia a las tendencias europeas del momento según las cuales habría que privilegiar el uso de las lenguas nacionales; a esa misma postura se enfrentaría años más tarde en la Escuela Nacional Preparatoria con su *Disertación*. Ahora bien, el pasaje citado termina con

un antagonista imaginario progresista que le recriminaría hasta cuándo se seguiría estudiando una lengua que era «rancia jerigonza de los frailes», calificativo dado a causa de la difundida identificación del latín como la lengua de la Iglesia católica incluso desde los tiempos del cristianismo primitivo; Magaloni, sin embargo, deja en suspenso este último aparente reclamo para hablar, no sin intención oculta, sobre el idioma maya y el estado de su desarrollo gramatical y cultural:

> *La lengua maya*... Amante de la Filología, os aseguro, señores, que se me cubre de rubor la frente, cuando escuchando con calma las quejas, los pesares de uno de aquellos hijos de la selva, de la naturaleza, de Colón, expresados con una elocuencia rústica, lacónica, enérgica en una lengua que imita los sonidos de los pájaros intertropicales, me veo aun forzado, después de haber respirado por más de dos lustros enteros el aire caliente de Mayapán,[17] a repetir aquel insípido *ma tin natic* [no te entiendo]. Y no es por falta de voluntad que lo ignore; pero ¿en dónde está una gramática bien razonada y comparada? Dónde un imprescindible diccionario mayo-castellano y viceversa? Dónde un maestro bastantemente embebido de él, y práctico en introducir a un extranjero en sus secretos más recónditos, en sus prendas geniales? ¿Y qué han hecho los hijos de la Iberia desde más de tres siglos de conquista...? ¡Ruinas...! Sería política, sería celo indiscreto de la religión...? Y por qué no imitaban a los sabios filósofos cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, los eclécticos de Alejandría de Egipto? De veras que es tanta la lástima, no, la rabia que me da el ver relegado al olvido, excluido del catálogo, no digo de las lenguas cultas, pero sí originales, este idioma, que no deja de tener gracia en los labios de la mujer educada; que si no hubiera sido distraído en lidiar con niños, como dicen graciosamente los yucatecos, (¡y lo más lindo es que ellos salen siempre ganando!) hubiera tenido quizás la audacia de acometer el ímprobo y colosal trabajo, ayudándome sin duda del conocimiento de los pocos idiomas que poseo y de las luces en esta materia de algunos literatos, los que no faltan ciertamente en Yucatán. (Magaloni, 1862a: pp. 12-13)

17 Si bien Mayapán fue la última gran capital de los mayas (hacia el sur de Mérida), ya destruida y abandonada para el siglo XV, parece que Magaloni no alude a la ciudad en sí misma sino que, echando mano de la etimología —recurso que más adelante en el discurso aprovecha en un par de ocasiones—, evoca más bien el magnífico entorno e imaginario maya en el que ha vivido durante más de una década. Para el educador piamontés, Mayapán —cuyo sufijo náhuatl *–pan* significa «bandera» o «estandarte», de ahí «bandera de los mayas»—, es interpretada como toda aquella región peninsular que compartía la semilla cultural mayense. En un afán sensacionalista y comparatista, Le Plongeon (1880: p. 1) jugaría también con la etimología: «Mayapán.- La bandera de Maya. *Maia*, en griego, significa la *buena madre*, la hija de Atlantis. *Pan*.- En maya, es bandera. Pero los antiguos guerreros, como los soldados de nuestros tiempos, adoraban su bandera, la deificaban».

En esa época, la ciudad seguía sin ser excavada aunque era visible desde los caminos, como lo atestigua el viajero y naturalista francés Arthur Morelet (2015 [1857]: p. 226): «El viajero que atraviese la planicie al sur de Mérida puede notar una eminencia cónica y aislada percibida a tres leguas de distancia; es un monumento religioso perteneciente a tiempos pasados. [...] Son las ruinas de Mayapán, sede de la autoridad soberana en el tiempo de la monarquía yucateca». De hecho, había sido Stephens (1843: p. 131) quien visitara y describiera por primera vez las ruinas.

Al igual que en el párrafo anterior sobre el latín, Magaloni exclama «la lengua maya» para colocar en la mente de su auditorio la importancia de la situación lingüística; avergonzado de no poder comunicarse efectivamente en maya, «una lengua que imita los sonidos de los pájaros intertropicales», incluso tras diez años de vivir en la región yucateca, afirma que ello no ha sido por falta de voluntad sino por la ausencia de recursos didácticos, como una gramática o un diccionario —que luego concede una publicación al momento de poner por escrito el discurso—, de modo que, de no estar impedido por la enseñanza, habría podido «acometer el colosal trabajo». La mención del maya no es gratuita ni inútil para el discurso, ya que Magaloni aprovecha las circunstancias de la conquista española a fin de condenar el hecho, pero también con el expreso objetivo de aludir a la Iglesia primitiva en Alejandría en contraste con el «celo indiscreto de la religión» que mostraron los conquistadores en el Nuevo Mundo. A decir del profesor, de haber viajado los filósofos alejandrinos a América, el maya no habría sido «relegado al olvido»; si bien no lo considera entre las lenguas cultas, lo incluye entre las originales. Desde su perspectiva como italiano, el maya habría sido una lengua sin comparación alguna pero sin llegar a ser culta, acaso por no conocerla lo suficiente y bajo un claro enfoque eurocentrista que iba a privilegiar, naturalmente, la cultura literaria occidental. El punto importante de este pasaje en torno al maya es la conservación de una lengua que puede perderse y, con ello, «sus secretos más recónditos, sus prendas geniales», con lo cual, Magaloni emplea la lengua indígena de la región, a sabiendas de que de algún modo podría entusiasmar al público meridano ya habituado al entorno amerindio, como un pretexto más que idóneo por medio del cual poder justificar en su colegio el estudio de la latina que, sobre las demás —a riesgo de caer en el olvido como la maya si no se fomentaba—, era la lengua en que se había cifrado por siglos la alta cultura literaria.

Figura 2.



Nota. Ruinas de Mayapán
Incidents of Travel in Yucatan (Stephens, 1843: p. 132)

Ahora bien, gracias a esta especie de bisagra retórica acerca del maya, y retomando el último reproche de la *división* que acusaba el latín de una «rancia jerigonza de frailes», Magaloni favorece una visión según la cual los monjes primitivos y en específico los medievales fueron los únicos que, como copistas en los *scriptoria* de monasterios europeos, rescataron del olvido y de la extinción a la lengua romana. De no haber sido por «esos laboriosos amanuenses, que debajo de las bóvedas de sus santuarios [entiéndanse aquí iglesias o monasterios] conservaron a la Europa las ciencias, las letras y las artes», para ese momento, dice el profesor, se conocería «apenas de nombre a Virgilio, a Tácito, a Livio, a Cicerón, a Horacio y demás padres de la lengua del Lacio, lengua varonil, lengua de los hombre libres y

valientes». Es bastante claro que Magaloni está omitiendo, quizá intencionalmente, que fueron también los frailes y misioneros en América quienes se dedicaron, además de labores de evangelización, a estudiar las lenguas amerindias bajo el esquema gramatical de Nebrija y elaborar «Artes de la lengua» para entender, clasificar y analizar muchos de los idiomas prehispánicos; aunque no haya consultado estas publicaciones de forma personal y directa, sería posible que conociera el contexto al menos yucateco, donde sí había vocabularios y gramáticas de maya ya desde el siglo XVI, como el célebre *Calepino de Motul* (1585) o el *Arte de la lengua maya* (1684) de fray Gabriel de San Buenaventura. Con todo, el argumento del abandono y pérdida de una lengua como la maya sirve para afianzar las voluntades de su auditorio que debía de consentir que sus hijos se instruyeran en latín al constituir el idioma cultural y científico por excelencia. En fin, el ficticio pero intenso reclamo sobre la «jerigonza de frailes» queda así sofocado gracias a que fueron ellos los que salvaron de la oscuridad del tiempo el latín.

En apego a la *división*, donde se enlistan los reproches que Magaloni anticipa, el segundo argumento por refutar viene dado por una exclamación que abre párrafo: «Para llegar a ser literato español, no es precisa la lengua latina!»; se apresura a contestar con una cita sin mencionar el autor: «Pobre muchacho, sin latín nunca lograrás reposarte a la sombra de las bóvedas del templo de Minerva, y mucho menos del de las musas ibéricas». Mediante un *excursus* en el que se auxilia de la actitud de Ugo Foscolo quien, tras defender los ideales nacionalistas y republicanos italianos frente a las políticas expansionistas de Napoleón Bonaparte, llegó a decir que «hasta el latín nos quieren quitar esos bárbaros», el director del colegio se vale del dicho de Foscolo para guiar su narrativa político-educativa y sostener su anterior sentencia; en este sentido, Magaloni establece una relación entre el latín, la educación y un velado dejo de nacionalismo a través de personajes de su tiempo. En seguida desmiente que sea innecesario el latín para todo literato español atacando a un miembro de la Real Academia Española del que por supuesto calla el nombre pero cuya entera ignorancia de las etimologías denuncia:

> A fe de buen sardo, que estoy sentido de veras contra aquel miembro de la real Academia española, que ignorando sin duda la etimología de *Sardinia* que se deriva indudablemente de *sardina*, mudando la primera sílaba *sar* en *cer*, ¡cosa extraña! introdujo en el paladio de la lengua castellana la voz *Cerdeña*. Convengo, señores, que tendré canas prematuras; pero *cerdas*...? [...]
>
> Pero más de extrañar es aun que un Valbuena, un Salvá y un Martínez López, que se pican de saber latín, nos traduzcan *Pedemontium y Pedemontanus* por *Piamonte* y *Piamontés*. [...]
>
> ¿Y qué impresión puede causar en un extranjero, que comienza a gustar la literatura española, cuando encuentra en el diccionario de la Academia como anticuadas las voces *consolante* y *tépido*, tan latinas, tan poéticas, tan conformes con el genio de aquel sonoro idioma? Acaso será mejor en todo caso el largo

> vocablo *consolador*, o el de *tibio*... Esto no es por cierto enriquecer, sino empobrecer la lengua! (Magaloni, 1862a: pp. 17-18)

Con este párrafo de ejemplos entresacados, Magaloni no sólo demuestra su amplia capacidad lingüística y juicio crítico sino que evidencia que para ser un literato español –y sobre todo para un miembro de la Real Academia– es completamente necesario saber latín con el objetivo de entender a cabalidad el origen y el significado de las palabras en castellano. A más de que la etimología que proporciona de *Sardinia* es falsa, acaso irónicamente con tal de protestar contra la absurda adecuación del académico, reclama una palabra que le atañía directamente: «piamontés», tal como se referían a él («natural del Piamonte»), en cuanto traducción de *pedemontanus*; resulta extraño, sin embargo, su reclamo dada la forma dialectal del Norte italiano (*piemontese*) que guarda una semejanza simétrica; por desgracia, no hay algún indicio que ayude a comprender su recelo lingüístico. Aun así, con ello continúa condenando las inapropiadas derivaciones presentes en diccionarios de la época, en específico en el de la Real Academia, en el cual también deplora la inoperancia de vocablos como *consolante* y *tépido* reemplazados por otros para entonces más «actualizados» que, a su juicio, no hacían sino empobrecer la lengua, mediados esos términos por el proceso natural de romanceamiento. Luego dirá para cerrar este punto:

> De éstas y semejantes alhajas podríamos formar un volumen, pero baste lo poco que hemos dicho para poder afirmar que mucho le queda que hacer a la Academia española para poner en debida forma su diccionario, consultando una de las fuentes de su idioma, la lengua latina. (Magaloni, 1862a: p. 18)

Así, esta segunda parte de la *división* que funciona de evidencia y exhibición para hacer brillar su conocimiento lingüístico del latín, se cierra con un cuestionamiento a sí mismo como ya había hecho anteriormente, es decir, en boca de un adversario ficticio. La protesta va en el sentido de que un español podría reclamarle sus títulos y credenciales para hacer tales valoraciones sobre el castellano y contra académicos de la lengua: «¿Y quién eres tú que tienes tanto atrevimiento para cercenar lo que tenemos de más sagrado y respetable en nuestro idiomas?». Responde él mismo: «¿Quién soy yo? Qué derecho tengo de hablar de esa forma? ...contestaré refiriendo una anécdota curiosa después de un breve reposo». Aquí tiene lugar una especie de interludio: en el impreso está consignado un adorno gráfico que marca la pausa del discurso; si se atiende a esta indicación, hay que deducir que Magaloni habría otorgado un receso precisamente después del reclamo con el afán de crear tensión y expectativa en su auditorio ante semejantes preguntas, siendo un artificio retórico efectivo para que el público mantuviera la curiosidad y se esperara hasta el final del discurso y del acto mismo.

Confirmación. Esta parte inicia con un *excursus* biográfico, una especie de segunda narración para captar nuevamente la atención del público, buscando reafirmar su posición como un experto en primeras letras y confirmar la importancia

de la cultura literaria (y del latín) en la educación básica. Con tal de hablar un poco más de sí mismo, elabora un preludio recordando que Chateubriand, Lamartine y Goethe excedían los pormenores de una narración con detalles innecesarios; sin embargo, los suyos, Magaloni estima, sí son necesarios y además oportunos «para que la modestia no se interprete por bajeza».

Magaloni comienza su *excursus* biográfico con el relato desde que desembarcó el 3 de diciembre de 1850 a las costas yucatecas, concretamente a Campeche, procedente de Nueva York, «tierra habitada por la mayor parte de protestantes», en donde también enseñó, hasta su pretensión de abrir un colegio para el cual era ineludible realizar una examen público que aprobó con honores, sintiéndose inconforme de que «hombres [refiriéndose a él mismo] ya de una cierta edad y con precedentes inequívocos de alguna capacidad, tuviesen que nivelarse con los mocozuelos a quienes solemos repartir bofetones»; pese a su disgusto, se sujetó a «sostener públicamente el programa de su enseñanza». Padeciendo el calor peninsular, se presentó frente a un sínodo de diez personas y «muchos otros ciudadanos instruidos e inteligentes». Fue examinado en catecismo, gramática castellana, matemáticas y retórica; añade la curiosa anécdota de que antes de responder la primera pregunta que le fue formulada, consultó al sínodo si debía dar sus respuestas en latín o castellano, a lo que se le especificó que en esto último. Días después, le llegó el dictamen confiriéndole el título de «maestro de primeras letras» con una siguiente más que favorable: «El sínodo juzga unánimemente que la llegada de este extranjero es una ventaja verdadera para nuestro país». Se alegró de que «Yucatán nos hizo un regalo mucho más apreciable que el de un título efímero: nos dio una hija suya para velar los latidos de un corazón ardiente», de cuyo matrimonio[18] nacieron «unos chicuelos vivitos, que a la vuelta de algunos años serán mejicanos por gratitud y generosidad». En este dato se apoya para argumentar la importancia de la educación en la infancia, dedicándose a estudiar «las agudezas de la niñez, su jovialidad, sus pesares, sus lágrimas, su índole, sus astucias, sus travesuras para hacerle menos pesado y más fructuoso el hábito de aprender» a través de los conocimientos que había obtenido de literatos, filósofos y médicos, como Rousseau, Fénelon, Tommaseo, Guerrazzi, Parravicini, Cantú y Spurzheim. «Todo está bueno, replican los adversarios, pero ¿qué título literario traes tú de tu tierra». Magaloni confiesa con cierto desdeño poco velado su desinterés por los grados universitarios:

> Educados en la modesta escuela del autor *delle mie Prigioni*, del *Eufemio di Messina*, del *Tommaso Moro*, *della Francesca di Rimini*, a la verdad nunca fuimos a mendigar títulos universitarios; no porque tuviésemos en menosprecio a aquellos respetables cuerpos... sino porque nunca tuvimos por divisa el *autos epha* [*ipse dixit*] de los platónicos; porque nacimos libres como el viento a las letras y a las ciencias,

18 "Diligencias matrimoniales de Honorato Ignacio Magaloni y Maciera, natural de Piamonte, Italia, con María de las Nieves Ibarra e Ibarra, de Campeche, Yucatán" (1851), Archivo General de la Nación, Instituciones Coloniales, Bienes Nacionales, Caja 19 (1), Expediente 27, 8 ff.

> y queríamos recorrer sin trabas los campos inconmensurables de la humana inteligencia; porque estábamos convencidos desde nuestros años juveniles que el saber verdadero, y no los títulos, es el que pone al hombre en su lugar. [...] Con todo, me acuerdo que en el principio de mi cuarto lustro tuve la dicha de tener por mi mentor a un ilustre doctor de la Universidad de Turín, célebre traductor de un clásico griego, y profundo conocedor de la suave y armónica lengua italiana, que me introdujo con mano maestra en los secretos del cantor de la *Divina Commedia* [...] Más adelante un célebre rétore boloñés, orador y poeta a un tiempo, me enseñó a manejar la zampoña de Virgilio, el laúd de Catulo y Tibulo y la lira de Horacio». (Magaloni, 1862a: pp. 25-26)[19]

Estas eran, pues, las únicas credenciales que presentó Magaloni; la experiencia directa con intelectuales de su época y su propio estudio lo llevaron a instruirse en muchas disciplinas, especialmente las literarias. El *excursus* biográfico es sí una muestra de su amplia formación humanística pero igualmente constituye un prolongado argumento para su discurso mediante el cual combatir una objeción, levantada por sí mismo, ante quienes no lo considerasen apto para la enseñanza en Mérida. Esta es la *confirmación* académica, pero faltaba el exhibicionismo literario que consolidaría públicamente su capacidad. A fin de ostentar su acervo literario, dedica un par de páginas a citar amplios pasajes de autores en los que las Musas son celebradas, pues a Magaloni le servían pruebas para publicitarse a sí mismo pero también su enseñanza focalizada en la literatura europea; entre las obras referidas, cuyos fragmentos fueron transcritos en su lengua original, se hallan *La Gerusalemme Liberata* de Torquato Tasso, *La Basvigliana* de Vincenzo Monti, la tragedia *Esther* de Jean Racine, las *Harmonies poétiques* de Alphonse de Lamartine, las *Fables* de Jean de La Fontaine —estos tres últimos en francés, idioma exótico en su opinión— y el *Paradise Lost* de John Milton. Particularmente interesante es la inclusión de una oda propia, escrita en italiano y que recitaba «en merecido elogio de la filantropía heroica de un alto dignatario italiano en tiempo de la cólera asolador»; Magaloni pronunció dicha oda en una «reunión académica» de una asociación literaria a cuyas filas fue aceptado con «el honroso título griego de *Fileno*».[20] Vale la pena transcribir el poema por ser la única composición en italiano conservada de nuestro autor:

---

19 La mención a los poetas latinos y a distintos instrumentos puede ser una alusión a que aquel rétor lo instruyó en la poesía latina.

20 Este tipo de sociedades literarias e intelectuales, donde los miembros cambiaban su nombre para firmar ciertos escritos, eran conocidas en Italia ya desde el siglo XV. En especial, en la centuria decimonónica tuvo bastante presencia la célebre *Accademia dell'Arcadia*, de la que por cierto fueron miembros incluso mexicanos, como Joaquín Arcadio Pagaza (con el pseudónimo *Clearco Meonio*) o Ignacio Montes de Oca (con el de *Ipandro Acaico*). Cabe dudar si fue a ésta a la que perteneció Magaloni, primero porque los pseudónimos tenían la mayoría de las veces dos componentes nominales; y luego, porque en un discurso Bernardo Ponce y Font, quien confesara haber sido discípulo del italiano desde el colegio campechano y hasta el meridano, sin dar mayor detalle afirma que su maestro pertenecía a una «Academia de Florencia» (1903: pp. 296). Ya que Magaloni recibió su formación y mantuvo actividad al norte de Italia, resulta más probable buscar una institución precisamente florentina.

Dimmi, Musa, ch' al brio presiedi
Di sí nobil consesso festosa,
Scolorita la guancia di rosa,
Palpitante nel timido sen,
Qual funestami 'l core, la mente
Negro spettro d' orrore di morte,
Che d' Ausonia alle squallide porte
Truce sbuffa micida venen? (Magaloni, 1862a: pp. 31)[21]

Confiando en sus palabras, Magaloni habría escrito otras piezas poéticas que por desgracia no se han conservado o siguen empolvadas en archivos italianos, pues amigos suyos le aseguraban que tenía una «vena poética». Al escuchar esto, y ante la idea de que «*poeta* era sinónimo de *loco*», se desprendió de la zampoña, el laúd, la lira y el arpa, artefactos que acompañan simbólicamente a la poesía lírica, rechazando a Polimnia (musa de los himnos y las odas) para seguir a Urania (musa de la astronomía) y a Minerva por «sus abstracciones metafísicas, en sus preceptos morales y en el desarrollo de las leyes de la naturaleza». Como puede apreciarse, el propio poema da la pauta perfectamente para diseñar una transición a partir de una vigorosa sección del discurso, en la que hacía destacar su espíritu literario, hacia otra donde se refrenda su empeño por cultivar las disciplinas científicas, así como por atender «las aulas de Astrea y las de Esculapio, no con la pretensión de tener título de abogado, sino únicamente por amor al saber». Ahí no se detiene el discurso, ya que retoma aquel asunto de la religión en la que también deben ser formados los jóvenes: «Nos importaba más que todo saber si la religión romana era realmente hija de Dios, o fábula inventada para embaucar al pueblo ignorante por unos impostores interesados»; a Magaloni lo que en realidad le interesaba era dejar asentado que el latín, a final de cuentas el idioma de la cultura romana, era digno de aprenderse en su Liceo porque tenía vínculos importantes con la religión católica, no por ser una lengua que usaron también los frailes —el reclamo más notorio—, sino un vehículo de enseñanzas morales aprovechables por los estudiantes. De esta forma, se puede vislumbrar una línea argumental bien definida y circular en el discurso de Magaloni, construyendo tópicos interesantes que a primera vista parecen haberse quedado en suspenso, pero, ya avanzada la exposición, reciben un cierre y una coherencia estructural.

Aún la *confirmación* no concluye. Magaloni lanza un último reproche: «No negamos que sepas latín o italiano; pero los clásicos españoles ¿los conoces tú? ¿Con qué derecho vienes tú a censurar los escritores de nuestro hermoso idioma?». Como era de esperarse, asegura haber leído autores españoles gracias a escritos y antologías de escritores mexicanos como Justo Sierra o Lucas Alamán, pues, afirma, las múltiples ocupaciones magisteriales no le permitían empeñarse

21 Las estrofas siguen la métrica «manzoniana», bajo cuyo esquema cada una se conforma de tres versos decasílabos completos y el último trunco.

al mero disfrute literario. Sin embargo, su conocimiento de la lengua latina y de la literatura italiana —«que tantas analogías guarda» con la española»— lo proveía de suficiente autoridad para «calificar algunas deformidades» de la lengua castellana. Prueba de ello eran, justamente, los ensayos etimológicos desplegados páginas antes. En el mismo tenor de composición en anillo, volviendo a los estudios cursados por sus alumnos, Magaloni refuerza la posición del idioma latino, el mismo por el que desvió su discurso antes de la pausa para ampararse de los ficticios adversarios, y añadiendo el francés: «Aunque muy principiantes en la lengua latina, presentan de ella sin embargo algunos frutos no despreciables que han recogido de su estudio... Lo propio hacen con la lengua francesa, indispensable en esta época, no solo para el comercio, sino para las ciencias»; elogia las clases de inglés, de dibujo lineal y natural, y anuncia la apertura de la Academia de Música.

Peroración. En momentos de turbulencia política, aclara que no ha instruido a los alumnos en esta materia por no tener la preparación suficiente sin transmitirles «los principios antisociales de Mazzini o de Orsini», dos miembros de *La Carboneria* (un movimiento revolucionario italiano de comienzos del siglo XIX); no obstante, sí les inculcó un sentimiento nacionalista de tinte conservador, recordándoles que «todos los mejicanos son hermanos, que Méjico es su patria común, que deben querer ante todo después de Dios... que las leyes... que Dios grabó con caracteres indelebles en el corazón de todo ser racional, son las firmes garantías del hombre honrado en la sociedad». Con todo, lamenta las circunstancias sociales y económicas del país en cuanto a la educación respecta, sin dejar de protestar que hay padres que gastan onzas de oro o pedazos de plata «sobre un naipe fatídico» en lugar de destinarlo a los estudios de sus hijos.

El culmen del discurso de Magaloni, dirigido a sus alumnos, se centra en agradecer al «Supremo dador de toda la luz» por haber nacido sus estudiantes en el seno de un pueblo católico en que sí «se comprende la necesidad e importancia de la instrucción y de la educación literaria, científica, artística y religiosa». Este mensaje, bien fabricado, tiene como verdadero objetivo a los padres de familia y los asistentes, pues luego de celebrar los avances de sus estudiantes tenía que halagar el buen juicio no solamente de quienes inscribieron a sus hijos en el susodicho colegio, sino también de toda la sociedad meridana que lo favoreció; se trata de una maniobra retórica muy bien fraguada: fue Dios el que puso a Magaloni en el camino de los padres que sabiamente buscaban una educación apropiada para sus criaturas. Finalmente, exhorta a sus discípulos a recibir con mano amiga a los asistentes, quienes evitarían que «la ignorancia, el error, el vicio y la superstición se apoderen de vuestro espíritu», y a presentar sus progresos ante el auditorio que sabrá «disimular vuestras faltas involuntarias y apreciar debidamente vuestros esfuerzos». Conviene recordar que el discurso se pronunció por la mañana del segundo día de la muestra pública, a cuyo acto seguirían los ensayos escolares de los alumnos.

Consideraciones finales

El *Discurso* de Magaloni es una verdadera muestra de un ensayo bien meditado que tiene un doble objetivo: primero, dar una exhibición tanto de su propia formación literaria como de la educación que están recibiendo sus alumnos en el Liceo; segundo, respaldar taxativamente el gran beneficio que comporta el latín más como una lengua de cultura que de comunicación efectiva, y cuyo conocimiento, además, contribuye a entender, a través de las etimologías, la lengua castellana y, por extensión, las restantes romances. Sobre todo, Magaloni quiso persuadir a su público de las ventajas de la lengua latina como lenguaje germen de la literatura europea, recurriendo al maya como idioma que para entonces no parecía recibir suficiente atención ni estudio; gracias a este artificio, manipula el mensaje para sostener que, tal como pasaba con el maya, el latín –y su heredero el castellano– podría desvanecerse y, con él, todo el caudal cultural de Occidente si no se procuraba su conservación. Naturalmente el profesor buscaba preconizar su programa de estudios en el que también se estudiaban disciplinas científicas, pero el punto clave residía en justificar la enseñanza del latín, su literatura y su historia a los jóvenes de Mérida, a pesar de que en su escuela no se enseñara el maya. Por supuesto, los corolarios interpuestos en boca de adversarios ficticios pueden ser evocaciones prototípicas de los reproches que acaso le hayan formulado durante sus años como maestro; a todos los reclamos tuvo oportunidad de responder más o menos detalladamente.

Así pues, el *Discurso*, aparte de ser una de las pocas fuentes documentales que aportan información relativa a la biografía y trayectoria de Magaloni, es un manifiesto intelectual que busca defender el latín y la tradición cultural que aquel conlleva, por lo cual, era de particular valía proceder con este análisis para indagar las ideas del profesor piamontés en relación con la importancia no sólo de la lengua latina sino de la cultura literaria en la educación de la juventud yucateca, «en beneficio de una población que tanta cortesía» le había prodigado a su arribo, con la firme esperanza de que alguno de sus discípulos, «pasando a lado del rinconcito obscuro de tierra, que encerrará mis cenizas», expresaría que ahí «yace un hombre que me quiso como a un hijo, y que puso los primeros cimientos de mi edificio social».

En un discurso pronunciado en ocasión del ingreso de Juan Francisco Molina Solís a la sociedad «El Salón Literario» en Mérida, Bernardo Ponce y Font aprovecha el momento para hablar del Liceo Científico y Comercial y de su fundador, haciendo amplias alusiones al *Discurso* de Magaloni (que seguro tuvo a disposición), y comentando el gran progreso que tuvo la educación emeritense gracias al profesor italiano. Al término de su exposición, haciendo que el deseo de Magaloni se viera cumplido, declara con emoción y nostalgia:

> Perdonadme, señores, que haya distraído algún tiempo vuestra benévola atención; pero no podía yo dejar pasar esta oportunidad sin rendir el tributo de mi gratitud a la memoria del hombre que comenzó por enseñarme, allí en la poética ciudad del Carmen, a balbucir las letras del alfabeto, y acabó por iniciarme, aquí en Mérida, en las misteriosas abstracciones de la filosofía y en los difíciles problemas de las ciencias exactas. Y, pues, me habéis permitido colocar sobre la tumba del sabio italiano la humilde flor de mis recuerdos. (Ponce y Font, 1903: pp. 298-299).

Referencias

CAN DZIB, Damián Enrique y ARCOCHA TOLEDO, Citlali (2017). *Instituto Campechano: Actas de Hechos Comunes 1860-1894*, t. 1. Mérida: Instituto Campechano.

COLECCIÓN 1849. (1849). *Colección de las Explicaciones de la Gramática Latina, corregidas y ordenadas por un yucateco quien la dedica a la juventud estudiosa*. Mérida: Oficina Tipográfica de Manuel Mimenza.

CUYÁS DE TORRES, M. E. (1992). "La Gramática latina de Juan de Iriarte". *Excerpta Philologica, 2*, 133–148.

DECRETO 1821. (1821). *El Gobernador de Yucatán comunica un decreto concediendo a la Ciudad de Valladolid una cátedra de Gramática Latina*. Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán.

DECRETO 1848. (1848). *Decreto: Se establece en la ciudad de Valladolid una cátedra de gramática latina y otra de filosofía*. Centro de Apoyo a la Investigación Histórica y Literaria de Yucatán.

ESPINO MARTÍN, Javier (2003). "Política y enseñanza del latín: liberales y conservadores en la gramática latina durante el reinado de Fernando VII". *Estudios Clásicos, 45*(123), 45–65.

ESPINO MARTÍN, Javier (2018). "La recepción ideológica de las lenguas clásicas: conservadores y liberales". En Esthe Martínez Luna (Coord.), *Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850). Modelos de sociabilidad, materialidades, géneros y tradiciones intelectuales*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 387–410.

ESPINO MARTÍN, Javier (2023). "De Europa a América: El latín de Nebrija, 'compañero del imperio', entre España, los virreinatos y el México novohispano". *Nova Tellus, 41*(2), 143–148.

GONZÁLEZ CALDERÓN, Marcela (2023), *La imprenta en la península de Yucatán en el siglo XIX*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

GONZÁLEZ GALLARDO, María Fernanda (2020). *Enseñanza de la sintaxis en las gramáticas latinas de la Nueva España (1726-1805)*, tesis doctoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

HEREDIA CORREA, Roberto (1991). "Los clásicos y la educación del siglo XIX". En *La tradición clásica en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 168–188.

LAIRD, Andrew (2024). *Aztec Latin: Renaissance learning and Nahuatl traditions in early colonial Mexico*. Oxford: Oxford University Press.

LE PLONGEON, Augustus (1880, octubre 15). Ensayo sobre la antigüedad de la lengua maya. *El Republicano. Diario Universal*, (538), 1.

MAGALONI, Honorato Ignacio (1852a). *Discurso académico sobre la misión del maestro, para el ensayo público del Liceo Científico y Comercial de Campeche en diciembre de 1851*. Campeche: Tipografía del Fénix, a cargo de Pedro Méndez y Echazarreta.

MAGALONI, Honorato Ignacio (1852b). *Ensayo que de sus estudios dan al público los alumnos del Liceo Científico y Comercial de Campeche los días 22 y 23 de diciembre de 1852*. Campeche: impreso por Pedro Méndez y Echazarreta.

MAGALONI, Honorato Ignacio (1862a). *Discurso académico pronunciado por el profesor Honorato Ignacio Magaloni, director del Liceo Científico y Comercial en Mérida, el día 9 de marzo de 1862*. Mérida: Imprenta de José Dolores Espinosa.

MAGALONI, Honorato Ignacio (1862b). *Ensayo que de sus estudios hechos en el curso escolar de 1861, dan al respetable público de Mérida los alumnos del Liceo Científico y Comercial*. Mérida: Imprenta de José Dolores Espinosa.

MAGALONI, Honorato Ignacio (1871). *Disertación sobre la utilidad y necesidad de la lengua latina para los mejicanos que se dedican a las letras y a las ciencias y sobre el método que debe seguirse para enseñar y estudiar con provecho el modo de traducir los autores de dicha lengua, escrita en latín*. Méjico: Imprenta de Ancona y Peniche.

MOLINA, Audomaro (1891). *Compendio de la gramática de la lengua latina: dispuesto para servir de texto en los colegios*. Mérida: Imprenta y Litografía de R. Caballero.

MORELET, Arthu (2015). *Viaje a América Central, Isla de Cuba y Yucatán* (Tomo 1, C. Depetris, Ed.). Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales. (Original publicado en 1857).

OSORIO ROMERO, Ignacio (1976). *Tópicos sobre Cicerón en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas.

OSORIO ROMERO, Ignacio (1979). *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas.

OSORIO ROMERO, Ignacio (1989). *Conquistar el eco. La paradoja de la conciencia criolla*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas.

OSORIO ROMERO, Ignacio (1990). *La enseñanza del latín a los indios*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas.

OSORIO ROMERO, Ignacio (1997). *Floresta de gramática, poética y retórica en Nueva España (1521-1767)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas.

PONCE Y FONT, Bernardo (1903). *Obras del Dr. Bernardo Ponce y Font. Prosa y verso*. México: Imp. de V. Agüeros, Editor.

STEPHENS, John Lloyd (1843). *Incidents of Travel in Yucatan, illustrated by 120 engravings* (Vol. 1). London: John Murray, Albemarle Street.

TÉLLEZ NIETO, Heréndira (2015). *La tradición gramatical clásica en la Nueva España: estudio y edición crítica del Arte de la lengua mexicana de fray Andrés de Olmos*, tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

VALENCIA CONSTANTINO, Genaro y ESPINO MARTÍN, Javier (2025). "La enseñanza jesuita del latín en Oaxaca. Ejemplos de la tradición gramatical en un archivo mexicano". *Anuario de Estudios Filológicos*, 48, 309-332.

VALENCIA CONSTANTINO, Genaro (2026). "Benito Juárez y sus estudios de latinidad: los apuntes inéditos sobre Tácito y Virgilio". *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 71, 211-240.